

0000003

IGNACIO AGRAMONTE

La acción de Jimaguayú, como la de Dos Ríos, como la de San Pedro es una página de duelo en la historia patria. Allí murió heroicamente, al frente de un puñado de mambises, peleando contra fuerzas muy superiores, Ignacio Agramonte, mayor general a los 32 años, soldado incomparable, patriota fanático por la independencia de su tierra, espíritu organizador de primer orden, táctico que prometía emular las glorias de los más grandes caudillos de la epopeya de América.

En Ignacio Agramonte se fundían por privilegio admirable de un corazón y de un entendimiento igualmente grandes, la abnegación y el sacrificio del soldado humilde y la altivez, el golpe de vista y la resolución de los grandes capitanes.

En él estuvieron por un instante fijos todos los ojos cuando la ruda campaña del 73 en los gloriosos campos camagüeyanos abrió a la esperanza los corazones y a la vez cuando quebrantada la autoridad de Carlos Manuel de Céspedes buscábase instintivamente quién pudiera sustituirlo con dignidad.

Ignacio Agramonte se lanzó al campo de la insurrección de los primeros, contando 27 años de edad. El contribuyó poderosamente al alzamiento de Camagüey en 1868. El ilustre Zambrana lo califica de enérgico e inflexible; Mora dice de él que a fuerza de constancia y de estudio hizo soldados a los camagüeyanos, imprimiéndoles amor a la disciplina al orden y a la moralidad. Todas las plumas que trazaron después del triste día de Jimaguayú el epitafio de Agramonte, convienen en que era la primera figura de la revolución, en que estaba llamado a ser su primer caudillo, en que su ausencia eterna no pudo ser llenada, completamente, por nadie.

Con tantos títulos como Céspedes pudo legislar, porque era conocedor del Derecho; su estudio de la táctica y la organización militar le dió a conocer el valor de la disciplina y la unidad en las operaciones; con una voluntad de hierro, hizo militares de campesinos, pero como cita un biógrafo, militares de la escuela francesa inteligentes, finos, amables y de gran energía.

Fué secretario del Gobierno en armas, jefe de brigada y de operaciones en el Centro, y diputado a la Asamblea de Guáimaro.

Se había batido heroicamente en Bagá, en Sabana Nueva y dirigió el ataque contra Puerto Príncipe, apoderándose del barrio de la Caridad.

En los primeros días de mayo de 1873, los españoles acababan de ser ruidamente derrotados en el Cocal del Olimpo, donde dejaron en el campo, cuarenta y ocho muertos, entre ellos, un teniente coronel y dos capitanes.

Para tomar el desquite de aquel descalabro, organizó el brigadier Weyler

una columna de 520 hombres, 75 jinetes y una pieza de artillería, todo al mando del teniente coronel Rodríguez de León.

Esta columna, en su marcha, enterró cuarenta y cinco muertos de la acción en el Cocal del Olimpo, entre ellos el coronel Abril y los capitanes Larrumba y Latorre.

Marchando la columna de Cachaza a Jimaguayú, el 11 de mayo, fué atacada por las fuerzas del mayor general Ignacio Agramonte, quien dirigía la acción a vanguardia, rodeado de su estado mayor. La sexta compañía del regimiento de León, escondida rodilla en tierra, entre la yerba de guinea, hizo una descarga a boca de jarro sobre el grupo y Agramonte cayó para no levantarse más, después de haber dado la orden de retirada.

A las nueve de aquella noche las tropas españolas, noticiosas por un soldado de la muerte de tan esclarecido jefe, volvieron al potrero y se llevaron el cadáver a Puerto Príncipe, donde fué quemado, llevando la leña para la pira los más caracterizados integristas de aquella cubanísima ciudad, que presenció horrorizada y llena de dolor, el espantoso cuadro.

El duelo de la muerte de Agramonte se extendió a todo el Ejército cubano. Se dió su nombre a un regimiento de caballería y se consagró un número del "Boletín" a su memoria.

La Cámara decretó la erección de un monumento en aquel mismo campo de Jimaguayú teatro de su gloria.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA